

¿TEOLOGÍA DESDE UN BARRIO OBRERO?

Desde la inserción en un barrio obrero de la conurbación barcelonesa, el autor se plantea el problema teológico. ¿Puede la teología ser una pura ciencia "académica", neutra, que recoja y estructure la tradición y el magisterio, o, más bien, debe elaborarse desde una comunidad inmersa en unos problemas socioeconómicos reales, que obligan al compromiso de vida, antes que al planteamiento teológico? La teología no puede ser neutral, afirma, y el barrio -exponente urbano del mundo de la pobreza- es un lugar teológico privilegiado y actúa como criterio de discernimiento evangélico para la teología.

La teología se ha elaborado desde diferentes lugares: desde las catedrales, desde los monasterios, desde las universidades eclesásticas... Incluso existen ciudades teológicas, en las que sus paisajes, sus ríos, parecen respirar teológicamente: Salamanca, París, Colonia, Roma, Coimbra, Innsbruck, Tübingen... La teología parece haber florecido siempre en lugares tranquilos, a la sombra de ábsides, claustros, bibliotecas, entre ríos silenciosos y césped verde. La teología ha sido hasta ahora patrimonio casi exclusivo de clérigos y religiosos, y su "habitat" ha sido el de ellos. Hoy asistimos a un éxodo hacia la ciudad, y a una descentralización teológica: los laicos comienzan a interesarse por la teología. Quizás estemos al comienzo de una profunda evolución de la teología.

En este contexto, surge la pregunta: ¿es posible hacer teología desde un barrio obrero?, ¿es posible que un teólogo 'de oficio', aun manteniendo sus contactos y vínculos con los centros académicos y las bibliotecas especializadas, viva en un barrio, en un suburbio? La pregunta no es ociosa, e incluso podría ser interpretada como una apología "pro domo sua", o como una agresión a los que no viven en un barrio obrero. En realidad no se pretende ni una cosa ni otra, sino simplemente abrir un interrogante que nos cuestiona a *todos* acerca de nuestra teología y sus condicionamientos.

I. Videtur quod non

Podríamos comenzar como en las viejas *Sumas* medievales aduciendo las razones negativas en contra del establecimiento del teólogo en un barrio obrero. Y no hay que pensar demasiado para darse cuenta de que el barrio tiene contraindicaciones para la teología.

En un barrio obrero no hay árboles, ni plazas grandes, ni céspedes, ni campos de trigales, ni viñas, ni montañas onduladas, ni se divisa el mar. Tampoco hay ríos caudalosos, ni afluentes tranquilos como el Inn o el Néckar. El río más cercano a mi barrio es el Llobregat, que llega al mar desangrado y sucio, lleno de espumas y plásticos, sin peces ni ruido, cansado de haber dado vida a tantas fábricas, de las que sólo recoge detritus y colorantes... En realidad el suburbio obrero, como el río, es el detritus de la sociedad, el lugar a donde van a parar los que no hallan sitio en la gran ciudad. En el barrio no hay bosques, ni más vegetación que las macetas de geranios que los vecinos colocan en la ventana. No se oye más voces silvestres que los débiles gorjeos de algunos canarios enjaulados. Desde la ventana el único horizonte que se divisa es el de las casas vecinas, con ropa colgada, con gente asomada que toma un poco de sol, con hombres en camiseta al regresar del trabajo. En los terrados, además de los

pantalones azules del trabajo que se secan, hay mil antenas de televisión, como molinos de viento que muelen el grano de la cultura oficial y masificadora para cada hogar.

En el barrio durante el día no hay quietud. Pasan continuamente furgonetas, coches, y unos cuantos autobuses desvencijados, que con sus tubos de escape polucionan el aire. Los niños juegan por la calzada a sus mil juegos de fantasía, interrumpidos por los bocinazos continuos de los camiones que los hacen apartar. Las niñas bajan la comba cuando pasa un vehículo, los niños cogen el balón o corren detrás de él. Se oye el zumbido de la fragua vecina, donde unos hombres sucios y malvestidos mantienen día y noche el fuego sagrado del horno, mientras la humareda de su chimenea ennegrece las paredes de las casas vecinas. Se oye la sierra de una carpintería, y las charlas de las mujeres que regresan de la compra. El aire a ratos se vuelve turbio, con olores de café tostado de una empresa de torrefacción, o con el tufillo fuerte de unas pieles que se secan al aire en un secadero que recuerda las tenerías de La Celestina. Por las mañanas, las madres acompañan a sus niños a las escuelas y academias del contorno. A media mañana se oye el anacrónico tararear de las tablas de multiplicación, y luego el griterío del recreo infantil, en sus estrechos patios escolares.

Al atardecer regresan los hombres del trabajo: cansados, con ojos de sueño, con sus bolsas de plástico vacías ya del bocadillo de cada día envuelto en papel de diario. Los bares se llenan. Vuelven los niños a jugar por la calle. Algunas chimeneas humean, y se ve ya el resplandor metálico del televisor. Las vísperas de fiesta la animación dura hasta muy tarde. Se oyen palmas en un bar vecino, y algún borracho sale cantando. En los días de trabajo la gente se acuesta temprano, pues hay que madrugar. Algunos regresan a sus casas en los últimos viajes del metro. El barrio ya duerme. Se oyen las campanadas del viejo reloj de la iglesia, que siempre va un poco atrasado. Por primera vez, reina el silencio en el barrio. Una mujer abre las bolsas de basura, buscando cartones y trozos de pan.

Tampoco hay silencio los domingos. Hacia las diez se lanzan al vuelo todas las radios, cassettes, tocadiscos de la escalera. La gente sale a la calle con una impetuosidad desconocida: se llenan los bares, las aceras se pueblan de mesitas para el aperitivo o la merienda. Los pocos paseos se ven transitados por familias enteras con sus niños y paisanos.

Los jóvenes, vestidos con los modelos más extremados de la confección del consumo, se juntan en torno a las discotecas o van a los cines del centro de la ciudad. Los cines del barrio son pequeños para la superpoblación del barrio. En las puertas de algunos, se prohíbe el comer cacahuètes o pipas dentro del cine. En el barrio no hay grandes posibilidades de esparcimiento. No hay zonas verdes, ni grandes avenidas, ni parques. Las pocas plazas se llenan de viejos, que toman el sol como lagartos, y de cochecitos de niños. Cables de alta tensión pasan por encima de uno de los paseos infantiles. No hay edificios hermosos, ni monumentos, ni salas de exposiciones, casi no hay centros de juventud. Sólo hay bancos y bares, muchísimos bares, con nombres de todas las regiones de España. Casi no hay librerías. Sólo kioskos, con fotonovelas, diarios deportivos y cuentos para niños. También hay ferreterías, tiendas de electrodomésticos para poder comprar a plazos lo que se anuncia en la televisión, algunas boutiques, y numerosas churrerías. Al fin y al cabo el barrio es sólo para dormir: la vida se hace fuera, en la fábrica, en el taller, en la oficina de la ciudad. Cada mañana el barrio se

vacía de hombres y de jóvenes. Sólo quedan, como durante las guerras, mujeres y niños. Y los viejos.

En este ambiente sociológico, el teólogo de oficio no puede hallar muchos estímulos intelectuales ni teológicos. Las conversaciones son de fútbol, trabajo o del tiempo. Los encuentros pastorales suelen ser con ocasión de los sacramentos que se jalonan a lo largo de la vida: bautismo, primera comunión, matrimonio y funerales. Fuera de algunos grupos pequeños de practicantes asiduos, y de algunas comunidades cristianas reducidas, la gente del barrio vive un cristianismo cósmico y folklórico, sin más exigencias que las de la tradición. Desarraigados de sus pueblos de origen y del tipo de religiosidad que allí vivían, no han hallado en el barrio un nuevo estatuto religioso y cristiano.

Al teólogo de oficio poca ayuda le puede proporcionar para resolver sus problemas teológicos el vivir -en un barrio así, en un ambiente obrero, ruidoso, asfixiante, con poca cultura humana y cristiana, donde nadie ha oído jamás hablar de Rahner, ni de Schillebeeckx, ni de Barth, ni de Moltmann, ni de Gustavo Gutiérrez, ni de hemenéutica, ni de secularización... ¿Qué ayuda teológica le pueden proporcionar al teólogo los pocos centros vitales del barrio, la asociación de vecinos, o las reuniones clandestinas de los grupos políticos? Es verdad que desde el barrio uno se entera antes que por los diarios de que existe paro o que los albañiles están en huelga, o que unos obreros se han encerrado en la parroquia para discutir un problema laboral. Pero estas cuestiones laborales y sociales ¿tienen realmente algo que ver con la teología académica?

"Videtur quod non", parece que este ambiente no es bueno para hacer teología. Parece que en un barrio del bajo Llobregat no se puede estudiar teología...

II. Sed contra

Pero al revés, podríamos decir, para continuar con la dialéctica escolástica. Pero no sé si aquí mis argumentos resultarán igualmente convincentes a todos...

1) Crítica de una concepción neutral de la teología

Las objeciones que se pueden hacer a la teología hecha desde el barrio dependen estrechamente del concepto que se tenga de la teología.

Para quienes conciben la teología como una pura ciencia "académica", es decir, universal, neutra, autónoma y aséptica, evidentemente les parecerá que la teología desde un barrio obrero no puede ser ni científica, ni académica. Les parecerá parcial, partidista, dependiente de ideologías sospechosas, apasionada por un sector de la sociedad, no universal. Para quienes consideran que la misión de la teología es puramente el recoger el acervo de la tradición y del magisterio, y sintetizarlo lógicamente en forma de tesis bien estructuradas, el barrio les parecerá más bien un estorbo que una ayuda para la teología. Hay quienes, con cierto complejo de inferioridad ante las ciencias positivo-matemáticas, desearían que la teología fuese clara y distinta, sin adherencias personales, ni locales o temporales, de modo que fuera tan

universalmente válida como los principios científicos. A éstos les parece indigno de la teología toda referencia a situaciones locales, personales o históricas, referencias que la teología desde un barrio necesariamente deberá connotar.

Sin embargo, la tradición más rica de la teología cristiana ha visto siempre una estrecha relación entre teología y vida, entre experiencia religiosa y reflexión teológica. No hay teología sin fe y sin un compromiso personal del teólogo. La teología monástica, por ejemplo, era muy consciente de ello. Pero hoy se es cada vez más consciente de que la teología debe elaborarse desde una comunidad, y que toda comunidad eclesial y humana está inmersa en una serie de problemas que el teólogo no puede eludir. El mismo Vaticano II, en *Gaudium et Spes*, propugna un método teológico que no parte de unas premisas teóricas, sino de la captación de los signos de los tiempos. Es un método más inductivo e histórico que sistemático.

La teología "académica" oficial se presenta como imparcial, pero esta imparcialidad no es real. Escribe Juan Luis Segundo: "Seamos conscientes de que no existe tal cosa como una teología autónoma, imparcial, académica, flotando por encima de las opciones humanas y de las parcialidades. La teología más académica está íntima, aunque tal vez inconscientemente, compartida con el statu quo psicológico, social o político" (1).

En realidad ninguna ciencia es neutral. Siempre se elabora desde unas opciones previas y al servicio de unos intereses concretos. Y mucho más la teología.

Desgraciadamente estamos habituados a considerar la teología y al teólogo como una profesión liberal. Pero la teología de los profetas, de Jesús, de los evangelistas, de Pablo, de los grandes santos, no fue una profesión liberal. De lo contrario no hubieran sufrido destierros y martirio... Una teología como profesión liberal, en el fondo, es una teología que opta por el orden establecido. No existe posibilidad de neutralidad teológica. La teología es posterior al compromiso, sea éste por los oprimidos o por los que los oprimen. Y de este compromiso, la vivienda puede ser un indicio significativo.

Vivir en los sectores residenciales, donde viven los poderosos de nuestro tiempo, puede significar que de algún modo nos sentimos bien allí, que este es nuestro ambiente, que estamos con ellos, que hacemos una teología para ellos, para que ellos la lean, la comprendan, la puedan asimilar, sin esfuerzos. Significa que consideramos valores positivos los de la cultura burguesa, que no la cuestionamos, que en el fondo es también la nuestra. Apreciamos las ventajas que nos ofrece el ocio tranquilo de la zona residencial para reflexionar teológicamente.

Vivir en un barrio obrero puede significar, por el contrario, que -sin despreciar todo el aparato científico y erudito de toda teología seriase quiere pensar la teología desde una opción por los más pobres y marginados, por los que sufren las consecuencias de la explotación, porque éste es un lugar más evangélico y menos engañador, más real. Se quiere elaborar una teología que colabore al proceso liberador o que por lo menos no lo frene.

¿Desde dónde se elaboraron las primeras teologías del Nuevo Testamento?, ¿desde dónde se escribían los sermones de los Padres del siglo IV contra los ricos, o sus tratados sobre la Trinidad?, ¿por qué dos teólogos de Trento, Laínez y Salmerón, vivían en los hospitales y alternaban las sesiones conciliares con el cuidado de los pobres?,

¿desde dónde se está elaborando la teología latinoamericana?, ¿por qué los documentos de Medellín son más penetrantes que muchos comentarios centroeuropeos del Vaticano II?

Desde un barrio nace la sospecha de que la teología oficial está pensada y dicha desde categorías no neutrales. La no neutralidad se agazapa bajo proposiciones universales y abstractas. Esto vale para el dogma, la moral y la escritura. Desde un barrio se le ocurren a uno una serie de preguntas, que no se había formulado antes. He aquí un largo capítulo de ellas, que pueden ser consideradas como parte de una "Fragentheologie"...

Cuando la moral clásica hablaba del derecho de propiedad como cosa sagrada e intocable ¿ten quién pensaba primariamente, en aquellos que no tienen propiedad o en los que temen se les arrebatase? Cuándo la eclesiología oficial dedica tantas páginas al primado y a la jerarquía ¿no será porque ha sido elaborada no por gente del pueblo sino por clérigos y jefes, es decir, por los que tienen el poder? Cuando se ataca la violencia como injusta ("venga de donde venga"), y se citan las frases evangélicas sobre el ofrecer la otra mejilla, ¿desde dónde se piensa así?, ¿desde el que sufre ya una violencia institucional, o desde el que tiene miedo a la revolución violenta del pueblo? La preocupación por la moral sexual, concebida además de un modo individualista y sin marco socio-histórico, tan propia de la moral oficial, ¿no estará ligada a una situación burguesa despreocupada por los problemas de justicia? Cuando se defiende el derecho de los padres a educar a sus hijos y a poder escoger libremente escuelas, derecho que es innegable teóricamente, ¿se piensa que este derecho sólo favorece en la práctica a los padres ricos que pueden escoger escuelas para sus hijos y no a los padres de los barrios que no tienen ni escuelas gratuitas ni dinero para poder escoger escuelas privadas? ¿Desde dónde se elaboran las reformas litúrgicas tan atildadas, el derecho canónico tan preciso, las normas sobre el ayuno y abstinencia, o el precepto dominical? Los defensores de la continencia periódica se percatan que la mujer trabajadora (y su marido) no pueden permitirse el lujo de regulaciones y observaciones metódicas? ¿Desde dónde se ha podido elaborar la doctrina del Dios impasible y trascendentalmente alejado, la escatología compensatoria de los dolores de esta vida, la cristología desencarnada y triunfalista, la eclesiología que se asemeja, desgraciadamente, demasiado a la Leyenda del Gran Inquisidor? ¿En qué contexto sociológico se pudo elaborar la doctrina de la separación entre la naturaleza y la gracia, la visión individualista e intimista del Reino, la concepción de los sacramentos como tesoros que la iglesia-madre posee bancariamente, la Trinidad como dogma para intelectuales pero que no dice nada a la vida? ¿Existe una relación entre una visión monoteísta de la fe cristiana y el individualismo del capitalismo? ¿Por qué ciertos pasajes de la escritura han sido leídos de forma tan abstracta y otros han sido tan espiritualizados? ¿Por qué la teología oficial ha bendecido fundamentalmente la secularización, sancionando así la ideología justificadora de los países opulentos, mientras se muestra tan reticente y crítica frente a la teología de la liberación que ha nacido de países pobres? ¿Por qué la teología oficial mira con tanta simpatía los movimientos de renovación carismática y con tanta suspicacia el diálogo entre cristianos y marxistas? ¿Por qué la teología oficial española, durante estos últimos 40 años ha sido, salvo raras excepciones, tan poco profética, tan fácil en sancionar teológicamente una forma de gobierno que incluso teólogos extranjeros consideraban represiva y dictatorial? Los militantes cristianos, los curas de barrio, las comunidades de base han sido más sensibles en captar las exigencias de la fe que los profesores de teología, y por supuesto, mucho más que los altos estamentos de la iglesia oficial española.

Realmente la neutralidad de la teología académica es muy sospechosa. Ha optado por el Mercado Común, por el capitalismo, por el poder civil y eclesiástico, por la sumisión al statu quo, por no subvertir las bases del orden, por la diplomacia, por el ethos de los vencedores. Y todo ello sin darse cuenta. Cuando cierta teología oficial ataca las ambigüedades de los Cristianos por el socialismo, no se da cuenta de que ella ha optado ingenuamente por los "Cristianos por el capitalismo". Puesto que vive entre "cristianos por el capitalismo", y tratando con ellos los ha visto tan llenos de buena fe y de preocupaciones por el bien de sus obreros, no duda en considerarlos como cristianos normales, frente a los que hay que confrontar las nuevas posturas. "Dime donde vives y te diré cómo piensas"...

Desde que vivo en un barrio obrero, el cartero no me trae a casa los libros o paquetes. He de irlos a buscar a correos. Muchas veces al abrir el libro de teología que me llega o la revista en la que he colaborado, en medio de la gente del autobús -mujeres sudorosas que vienen de la compra, niños con sus delantalitos que regresan de la escuela, obreros que van a comer rápidamente a sus casas-, lo he tenido que cerrar, como avergonzado. No sólo estos escritos resultan ininteligibles para la gente que me rodea -cosa triste, pero explicable-, sino que han sido pensados . y escritos desde otra óptica. El barrio es un "test" de fuego para la teología. Viene a ser como un criterio de discernimiento evangélico. Hay cierto tipo de teología que no puede superar victoriosamente esta prueba.

2) El barrio como lugar teológico

Durante siglos la teología se ha elaborado partiendo de los "loci theologici" clásicos: el magisterio que era luego comprobado con frases de la escritura y de los Padres, y luego reforzado por la razón natural que buscaba una comprensión y coherencia lógica de las verdades reveladas. Esta concepción, a pesar de las orientaciones del Vaticano II en *Gaudium et Spes*, sigue vigente. Prevalece la estructuración de las verdades lógicas autoritativamente conservadas a la preocupación por el contenido vital e histórico, que se esconde detrás de estas verdades y por la forma como Dios hoy se nos comunica. Escribe Leonardo Boff: "La Revelación consiste originariamente en la autocomunicación de Dios dentro de la situación del hombre. Es una vida que se autodona a otras vidas. Las verdades surgen de un hecho-revelación, dentro del horizonte histórico e ideológico en que se mueve el hagiógrafo o su comunidad, aunque todo eso va asistido por la inspiración del Espíritu. Esto quiere decir: la "auctoritas", los datos "relevados", son hechos ya construidos. La función principal de la teología no consiste en ser una interpretación de una interpretación (verdades reveladas), sino en percibir y decir la Vida divina como hoy se está comunicando en la situación del hombre, a la luz de los que desempeñaron en su hoy de otrora esta misma función (Biblia y Tradición). La teología está así *ante et retro oculata*, tiene un ojo volcado para el pasado donde el Señor se manifestó, y el otro en el presente donde sigue la autocomunicación de Dios. Ella no está centrada solamente en las fuentes de la fe, sino también en la *historia mundi*, porque ésta es portadora de la historia de salvación" (2).

Ahora bien, ¿dónde se puede percibir la historia real? La historia oficial, la de los medios de comunicación social es la historia de los que tienen el poder. No es una versión real, sino partidista de la realidad. La historia real se conoce desde el lado de los que sufren el peso de la historia: los humillados, los marginados, los pobres, los países

del tercer mundo, los sin voz. Estos desheredados de la historia son los preferidos de Jesús: por ellos optó, con ellos comió, los llamó bienaventurados, los constituyó en criterio del juicio escatológico de Dios (Mt 25). Por esto, ellos son un lugar teológico privilegiado, de algún modo, el único lugar teológico verdaderamente evangélico.

El barrio obrero, el suburbio, en la medida en que es el exponente urbano de todo este mundo' de pobreza y de dolor, es un lugar teológico válido. Y todo teólogo debe estar en contacto, de algún modo, con este mundo. El teólogo que viva en un barrio tiene el trabajo facilitado: el barrio lo envuelve y le ofrece osmóticamente esta experiencia. Señalemos algunas de las reflexiones que el barrio suscita en el teólogo.

En primer lugar, el barrio ilustra gráficamente el misterio del pecado, del pecado personal y estructural. Ordinariamente la teología habla del pecado de modo muy individualista o de forma muy abstracta. Individualista ha sido cierta concepción del pecado que parecía tener como prototipo el pecado sexual, en el cual se excluye la "parvitas materiae". De forma muy abstracta se habla incluso en las formulaciones nuevas (opción radical, estructuras de pecado...). En el barrio el pecado se manifiesta de forma brutal. La situación de marginación del barrio no es casual. Tampoco lo es la falta de escuelas y de hospitales. Ni la falta de hogares de ancianos, o de espacios verdes, ni la superpoblación. No es fortuita la incultura de la gente, ni sus horarios de trabajo a veces inhumanos, ni el gran número de bares. No es pura coincidencia el que la gran mayoría sean inmigrantes llegados de todas las regiones españolas. Toda esta situación es fruto de decisiones, de omisiones, de intereses de grupos muy concretos, de sistemas económicos y políticos con nombre, de egoísmos de clase. Durante generaciones estas gentes han sido explotadas por una minoría en sus pueblos, y ahora en la ciudad, continúan siendo víctimas de la explotación, aunque sea de forma más sutil y disimulada. El sistema introyecta en ellos ahora su misma imagen: consumo, ambición, poder... Estas gentes son víctimas de siglos de opresión. Aquí aparece el fruto amargo del pecado, sobre todo del pecado que las estructuras mantienen. La miopía de la moral cristiana, la connivencia diplomática de los hombres de iglesia, el pecado cometido "fuera del barrio", aparece aquí de forma monstruosa. El barrio hace resonar la gran pregunta bíblica: "Caín, ¿dónde está tu hermano?" (Gn 4, 9).

La escritura es leída desde el barrio con ojos nuevos. Yahvé aparece claramente como un Dios liberador, que libera al pueblo de la opresión egipcia y del cautiverio de Babilonia. Es un Dios que hace justicia al pobre, a la viuda y al huérfano, a los que no tienen protector. Y en cambio es el Dios terrible contra los opresores, como la predicación profética lo muestra claramente. La crítica de los profetas contra la idolatría es en el fondo una censura a la absolutización del dinero. La prohibición de construir imágenes es debida al hecho de que el hombre, y en concreto el pobre, es la imagen de Yahvé verdadera. Desde el barrio, el Antiguo Testamento continúa teniendo actualidad: todavía sube a Dios el clamor de los pobres, de los nuevos esclavos, todavía existe idolatría, opresión del hombre por el hombre, y la injusticia clama al cielo.

También el Nuevo Testamento es leído desde un barrio de forma no neutra. Jesús sigue la línea profética, rechaza un mesianismo de prestigio y opta por los marginados de su pueblo. Por esto muere no de muerte natural, sino violenta: arrestado, interrogado, torturado, ejecutado.

El descenso de Cristo a los infiernos deja así de ser un teológúmeno abstracto para convertirse en algo existencial y presente: Cristo ha descendido a lo más bajo de la tierra, su kénosis ha sido hasta el fondo de la impotencia y de la debilidad. Ha hecho suyo todo el dolor del mundo. Y con su resurrección ha dado una esperanza nueva a todos los que no tienen esperanza. Desde entonces la miseria y la pobreza está como transfigurada "in spe": en los niños que lloran de hambre, en estas viejas que no ocultan los estragos de la edad, en estos ciegos que venden cupones a la puerta del metro, en estas familias que velan a sus muertos de accidente laboral... existe un resplandor y una belleza que no es la belleza pagana ni la belleza mundana de la alta sociedad: es la belleza transfigurada del crucificado, la belleza del resucitado oculta bajo el velo de la kénosis, la gloria de Jesús tamizada por la opacidad de la carne. Esta es la "Belleza que salvará el mundo"...

Esta cristología liberadora y "partidista" se articula en una teología Trinitaria nueva. El misterio trinitario no es ya una mera curiosidad intelectual para gente ociosa, sino la raíz y la utopía de la historia de salvación. El designio del Padre es comunicar al mundo, por Cristo y en el Espíritu, la plenitud de vida trinitaria. El Reino que Jesús predica no es más que esta maravillosa utopía trinitaria: la familia de los hijos del Padre, la gran fraternidad de los hombres en Cristo, la filiación divina. Es un misterio de comunidad y de vida. Por esto el pecado es un cerrarse egoísticamente a este plan de fraternidad. Y la gran herejía antitrinitaria práctica de nuestros días es el capitalismo: es negar la Trinidad, la comunión y la fraternidad.

La pneumatología, tan descuidada en la teología clásica y académica, aparece ahora con nuevo fulgor: el Espíritu de Jesús, derramado sobre toda carne, todo lo madura. A través del Espíritu los hombres anhelan la justicia, la libertad, un pan no puramente material, una esperanza no intramundana, y adoran al Dios desconocido. Los anhelos más profundos y puros de la gente, estos gemidos inenarrables, brotan del Espíritu, aunque ellos no lo sepan. Más que de "cristianos anónimos" deberíamos hablar de hombres movidos anónimamente por el Espíritu.

La eclesiología, tan íntimamente ligada al Espíritu, aparece desde un barrio obrero como una realidad profundamente necesitada de reforma: aliada con el poder cuando debería serlo de los pobres; preocupada por la ortodoxia más que de la vida real de los cristianos (cuando en Trento se discutía de la justificación y del cáliz de los laicos, colonos cristianos esclavizaban a los indios de América para obtener oro y plata...); más atenta a los ritos del culto que a la conversión sincera de sus hijos; más preocupada de las estadísticas sobre el número de cristianos que de su vida y su testimonio. Desde un barrio popular surge imperiosamente la exigencia de una iglesia más pobre y sencilla, más de la base, de diálogo y corresponsabilidad, menos mundana y más evangélica. La preocupación eclesiológica mayor desde un barrio no es el problema ecuménico de la división de los cristianos, sino el hecho de que los cristianos (de todas las confesiones) se hayan convertido en opresores de sus hermanos más pequeños. Mayor escándalo que la división de los cristianos es el que los cristianos participen activamente en la división entre ricos y pobres.

El problema de la religiosidad popular, con todas sus ambigüedades, se plantea crudamente en el barrio: ¿es folklore o fe auténtica?, ¿sociología o expresión sencilla?, ¿hasta dónde llega la superstición y dónde comienza la esperanza teológica?, ¿es un residuo de un pasado arcaico o un tesoro de riquezas por explotar aún?, ¿cómo valorar

su sentido de la fiesta, del símbolo, de la comunidad, del cosmos, del cuerpo? He aquí un problema difícil, que tampoco podrá ser discernido "desde fuera del barrio". Esta religiosidad popular es fruto muchas veces de su situación de marginación y de explotación. Por esto antes de preguntarse si hay que bautizar a los hijos de la gente sencilla, ignorante y poco de iglesia, hay que preguntarse si es lícito bautizar a los ricos... Desde el barrio resulta también sospechosa la defensa que algunos sectores de la iglesia hacen de la religiosidad popular, cuando en el fondo lo que desean es mantener el status quo y no precisamente solucionar radicalmente los problemas de los pobres...

El Espíritu prometido por Jesús nos conduce a la verdad plena. Esta "verdad plena" no es tanto un depósito de conocimientos cuanto una actitud vital ante la historia de salvación que nos conduce a captar la presencia de Dios en nuestra historia, nos da antenas para discernir su presencia, nos ayuda a "aprender a aprender". En cada momento histórico la fe conduce a relativizarlo todo ante la escatología, pero al mismo tiempo nos impulsa a aceptar las mediaciones necesarias (históricas, ideológicas, teológicas...) para ser fieles al Señor "aquí y ahora"

III. Punto final

La teología puede hacerse desde muchos lugares. Pero el barrio obrero es un lugar privilegiado. La teología que no se elabore desde un barrio, deberá, sin embargo, tener en cuenta el mundo que el barrio del suburbio personifica: el mundo de los oprimidos por la injusticia. De lo contrario, la teología, bajo capa de neutralidad y de universalidad, sería una teología de status quo, una teología burguesa, una teología legitimadora del desorden establecido, una teología de bolsillo, decadente, un producto más del consumo...

Días atrás mientras estudiaba, llamaron a la puerta. Era el distribuidor de butano. Después de subir a pie cuatro pisos con la bombona al hombro, sudoroso y derrotado, exclama brutalmente: "¡esto no puede ser! "

Es un barrio obrero, a pesar de sus muchos ruidos, de vez en cuando se oyen voces que a uno le dicen que "esto no puede ser".

El barrio obrero es una llamada a la conversión de la teología y del teólogo.

Notas:

¹J. L. Segundo, Liberación de la teología, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1975, p. 18.

²Leonardo Boff, Teología desde el cautiverio, Indo American Presse Service, Bogotá 1975, p. 30.